

La Independencia

Caminos de una revolución

E N R I Q U E S E M O *

RESUMEN: Superando el positivismo que trata la historia como un proceso de acontecimientos fácticos que se suman sobre la base de una profunda desconexión, este ensayo concibe ya la Independencia como una Revolución, como un profundo cuestionamiento de las redes de poder que vienen desde la Conquista. Lo que significa (re)definir la Revolución como un proceso de alcances históricos mucho mayores. Para explorar este proceso aquí se abordan las transformaciones en la cultura política, científica y popular, que abren los caminos de la revolución de Independencia con la visión ilustrada en la Nueva España, la personificación en Hidalgo de un humanismo ilustrado de origen francés combinado con una inventiva industrial de origen inglés y se realiza un fino análisis comparativo de la Revolución Francesa y la Independencia mexicana.

PALABRAS CLAVE: Independencia, Revolución, Revolución Francesa, Ilustración, Margo Glantz, Humboldt, ilustración novohispana, Hidalgo.

ABSTRACT: Going beyond of positivism that treats history as a process of factual events that are added on the basis of a deep disconnection, this paper conceives the Independence as a revolution, as a profound questioning to power networks that originate from the Conquest. What it means (re) define the Revolution as a process of much greater historical scope. To explore this process are discussed here the changes in political, scientific and popular culture that open the paths of revolution of Independence with Enlightenment vision in New Spain, the embodiment in Hidalgo of an enlightened humanism of french origin combined with industrial inventiveness of english origin and is made a fine comparison of the French Revolution and Mexican Independence.

KEYWORDS: Independence, Revolution, French Revolution, Enlightenment, Margo Glantz, Humboldt, new hispanic illustration, Hidalgo.

La Ilustración: Ideas y mentalidades

La rebelión armada no fue la primera forma de resistencia al dominio del rey y la Iglesia en la Nueva España. Antes de recurrir a la crítica de las armas, los criollos y mestizos de la Nueva España tuvieron que aprender a usar el arma de la crítica. Para tomar las fortalezas del poder español, fue necesario debilitar su dominio sobre la mente y corazones de los dominados.

La *Guía de Forasteros* que publicó, desde enero de 1984, Margo Glantz con un grupo de investigadores de Bellas Artes, es un testimonio precioso de los nuevos rumbos de la mentalidad de los habitantes de la Nueva España en vísperas y durante la revolución de Independencia. Es un cuadro vigoroso de las redes invisibles del poder y su cuestionamiento cada vez más decidido. Primero marginales, aislados, y encubiertos y luego audaces y contundentes.

* Uno de los historiadores latinoamericanos con mayor presencia en el debate internacional. Profesor Emérito de la UNAM. Doctor en Historia Económica en la Universidad Humboldt de Berlín con la mención de Magna Cum Laude. Ha sido profesor invitado, además de en la misma Universidad Humboldt, en las Universidades de Chicago y Nuevo México en Albuquerque. Título Doctor Honoris Causa, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), 1997. Secretario de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, 2001-2005. Autor de una prolífica obra plasmada en múltiples libros y ensayos en español e inglés. Miembro del Consejo Editorial de *Mundo Siglo XXI*.

En 1789, año del inicio de la Revolución Francesa, el célebre bordador José Ventura, artesano de Toluca, atrae sobre su cabeza la ira de la inquisición, que lo acusaba de proposiciones heréticas y equívocas. Recluido en un manicomio, el tribunal interpreta sus escritos como un atentado contra el orden público establecido. Sus versos, cartas y dibujos atacan al sistema de castas, las instituciones monacales y los tabús sexuales imperantes.

Es cierto -sostiene Ventura- que Dios separó las formas de la naturaleza del hombre y también apartó las de la mujer. A unos los hizo blancos a otros amarillos, a otros negros, a otros pardos y cada generación a sus principios les daba vergüenza estar juntos y se fueron apartando: el blanco tenía su Rey, el *Amarillo* tenía su Rey, el negro tenía su Rey y cada cual se hallaba en su lugar gobernando su cuerpo, el blanco en su blanca, el *Negro* en su *Negra* y el *Amarillo* en su *Amarilla*.

Más esto asentado, que si queremos saber o indagar quiénes fueron nuestros padres y la sangre o calidad que les asiste, hallaremos por nuestro Rey y Reyes que bajo su corona hay blanco, hay Negro y hay Amarillo, hay pardo, consintiendo los Reyes anteriores que el blanco se case con una Negra, y el Negro con una blanca, el Amarillo con blanca y la blanca con un Pardo. Y así la información no me cuesta ninguna dificultad el despacharla bajo de cuyo puesto te digo que bajo de este imperio todos los que estamos, somos españoles, *porque el Rey de España a todos ha avasallado y avasalla*.

Si cada cual quisiera sacar su sangre en limpio, ni el que se intitula Indio, habría de sacarla, ni el que se intitula Negro, ni el que se intitula blanco, pues entre la parentela, el Negro halla blanco, el blanco halla Negro y el Amarillo halla blanco, Negro y Pardo y ninguno en el tronco se halla limpio.

Demolidos los sustentos legales de la estratificación en castas, Ventura la emprende contra los monasterios para convencer a su hija de que no se ordene como monja.

Y si tú por tú voluntad quisieras ser esposa de Dios sin mirar estas circunstancias, te digo que hicieras muy mal porque es un arrojado grave una indecencia suma y es el mayor sacrilegio que puede hacer cualquier criatura y la mayor afrenta que puede hallarse en el mundo en la formación del hombre: tener hijo fraile o hija monja, querer ser el hombre esposo de Dios, o querer ser la mujer esposa de Dios y el hombre hacer el voto de no llegar a mujer y la mujer hacer voto de no tener acto con el hombre.

Dios no necesita que le cuide la mujer; antes Dios es quien cuida de ella y lo mismo digo en el hombre. En fin, Dios es quien ha de estar encima del hombre y la mujer y no el hombre y la mujer encima de Dios, pues para servir a Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad...

Y por si ese atrevimiento fuera poco, remata:

*La casa que no es del hombre
luego será de la mujer
la mujer si se dio al monje
a Dios se da, no hay que hacer.*

Es comprensible que el sacrilego Ventura, fuera condenado e internado en el hospital de San Hipólito dos veces y que fuera sometido a tales suplicios de cuerpo y de alma que acabó "suplicando ser perdonado por amor a Dios". Pero de nada le valió al ingrato.

La *Guía de Forasteros*, informador implacable, dice que el 24 de agosto de 1974, a cinco años de estallada la Revolución Francesa y a uno de haberse promulgado la radical constitución del 93, apareció en la calle de Providencia, un pasquín que fue oportunamente retirado por las autoridades y que entre otras barbaridades decía:

*Los más sabios son los franceses.
El seguirlos en sus dictámenes no es absurdo.
Por mucho que hagan las leyes,
Nunca podrán sofocar los gritos
Que inspiran naturaleza.*

En 1812, en plena guerra civil, un documento llama a las mujeres a sumarse a la lucha insurgente. Ilustrado con un grabado que muestra a dos mujeres empuñando espadas, hay una glosa cuyo estribillo reza:

*A la guerra americanas
Vamos con espadas crueles
A darle muerte a Calleja
Y a ver al señor Morelos.*

¿Cómo recorrieron los hombres y las mujeres de la época el camino que lleva de la sumisión a la rebeldía, de la fe a la incredulidad, de la escolástica al racionalismo, de la idea de español criollo, mestizo o indio a la de mexicano de la monarquía a la republicana? Estos son temas para la historia de las mentalidades. Promovida por el grupo francés de los *Annales d'histoire économique et sociale*: Lucien Febvre, Marc Bloch, A. Demangen, Levi-Brul. Historia de la literatura maldita, del género mórbido, del imaginario colectivo. Historia en la cual, el suceso pasa a

un nuevo plano adquiriendo un significado más profundo al penetrar en el alma popular.

La historia de las mentalidades es una estación inevitable en el tránsito de una historia de los grandes hombres, las capas superiores de la sociedad, los reyes genios y los estadistas, así, como las instituciones controladas por ellos, a una historia de las más asociales marginadas del poder.

Forma parte de la historia de todo lo despreciado por las élites sucesivas: lo anónimo, lo colectivo dominado. Sus temas son la fe popular, la muerte, la sexualidad, la criminalidad, la locura y la libertad cotidiana.

Las ciencias

En una Ordenanza Real del 27 de Octubre de 1786, el rey de España dio órdenes para organizar una expedición científica, establecer un jardín botánico y crear una cátedra de la misma especialidad en la Nueva España. En marzo del siguiente año, se extendió un nombramiento a favor de Martín Sessé como director de la expedición y disposiciones sobre la cátedra y el jardín. Se designaron también a un botánico y a un naturalista, provenientes ambos del personal del Jardín Botánico de Madrid. Para encabezar la cátedra se nombró a Vicente Cervantes, versado en filosofía, medicina, botánica y farmacéutica, quien sabía además francés y era un científico de carrera.

Martín Sessé llegó a México a la edad de 34 años. De origen aragonés, estudió medicina en la Real Academia en Zaragoza y contaba ya con una brillante carrera profesional. Fue el médico militar de las tropas españolas en Gibraltar y más tarde, de una numerosa escuadra de 150 buques y 14 mil hombres con la cual viajó de Cádiz a Cuba. Durante el viaje debió hacer frente a varias epidemias y arduos problemas sanitarios que resolvió con brillantez. Fue él quien, después de innumerables gestiones y grandes dificultades, logró que se aprobara la creación del Jardín Botánico y las cátedras correspondientes en México y se proporcionaran los medios para una serie de expediciones naturalistas para darles sustento.

La medida tenía sus antecedentes. La primera expedición científica española se realizó a finales del siglo XVI, en los años 1570-77. Su director fue el protomédico Francisco Hernández, cuya llegada a la Nueva España inició la presencia de la ciencia española de la época en México y de América. Durante siete largos años, Hernández y sus compañeros recorrieron los caminos de la Nueva España, reuniendo una voluminosa colección de plantas, animales, dibujos y notas. Para ello contó con la ayuda de *tlacuilos*, pintores indios que reproducían en el papel, las plantas que interesaban al investigador. El protomédico llevó los libros fruto de sus pesquisas a España, esperando publicar

una gran obra científica. Sin embargo, Felipe II no estaba interesado en dar a conocer los hallazgos. Aun cuando algunas de las láminas pasaron a adornar su alcoba, ordenó compilar la obra pero no publicarla. Ésta pasó de mano en mano y de proyecto en proyecto, archivándose en las bibliotecas reales. No sería sino doscientos años más tarde, a raíz de la nueva expedición, cuando sería dada a conocer al público en todo su esplendor la primera edición completa.

La expedición de la era borbónica duró trece años y tuvo un itinerario impresionante. Por tierra, abarcó desde el puesto de San Francisco en California, hasta la ciudad de León en Nicaragua. Además hubo expediciones en las costas de Canadá (Nutra), así como las islas del Caribe, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. De ellas hablaremos en un ensayo posterior. El material recogido fue riquísimo y su influencia en el desarrollo de la botánica en México y en España, muy profundo. Sus inspiradores y líderes incuestionables fueron el ya citado Martín Sessé y José Mariano Muciño. El primero era español, el segundo mexicano, Martín era de origen acomodado, José Mariano provenía de una familia sin recursos. Ambos fueron médicos, naturalistas y enamorados de la botánica, José Mariano Muciño —quien dirigía la expedición a Nutka— era un personaje muy diferente al voluntarioso Sessé. Nacido en 1757 en el Real de Temascaltepec de padres criollos, aparece a los diecisiete años como estudiante en el Pontificio Seminario Tridentino de la ciudad de México. Sus maestros veían en él un talento fuera de lo común y le auguraban un gran futuro como teólogo y filósofo. Pero José Mariano, abandonó la toga por un amor, desilusionando a sus tutores y se fue a vivir con su mujer a Oaxaca en dónde optó por la enseñanza. Ahí, frustrado por el “estéril egoísmo de los eclesiásticos” se avocó al estudio de la medicina y ciencias naturales. No tardó en dejar a su esposa para trasladarse a la ciudad de México en donde se tituló de médico con grandes honores en 1787. Amigo de Juan Antonio Alzate, la figura más notable de la Ilustración en la Nueva España, se entusiasma por las iniciativas de crear el jardín botánico y la cátedra y se integra al proyecto, primero como estudiante y luego como uno de sus principales animadores.

Sessé consigna en sus escritos como inicio de sus exploraciones, la fecha de 1787. Al principio, éstas tenían como escenario las cercanías de la ciudad de México. Sus referencias a las agrestes áreas del Valle de México, su flora y fauna, como el Desierto de las Carmelitas (hoy de los Leones) quedan como testimonio de una ecología hoy desaparecida. Habían de llegar hasta Cuautla y Toluca. Acompañados de buenos dibujantes, comenzaron a formar la colección de láminas de un valor científico y artístico que había de crecer con los años. En 1789 tomaron a Cuernavaca como cuartel general para iniciar una serie

de incursiones hacia las costas del Pacífico. Cruzaron el río Balsas para internarse en la Sierra de Guerrero y llegar a Chilpancingo y Acapulco. Durante el viaje hicieron un gran acopio de muestras, todas en duplicado que mandaban por una compleja red de comunicación a la ciudad de México. Semillas, plantas, pájaros y minerales empezaban a fluir en grandes cantidades a la capital. Los alumnos de la cátedra comenzaron a realizar los trabajos de inventario y catalogación. Luego se organizaron voluminosas remesas para el Jardín Botánico de Madrid.

En el mes de mayo de 1790 se dirigieron hacia el reino de Michoacán y Sonora. Recorrieron los alrededores de Querétaro y Guanajuato, para enfilarse hacia lo que hoy son los estados de San Luis Potosí, Zacatecas y Jalisco. Establecieron su centro de operaciones en Valladolid (hoy Morelia). De ahí se dirigieron a Uruapan, Pátzcuaro y Apatzingán para buscar la costa del Pacífico en el suroeste de Colima. Para dar idea de la riqueza de materiales enviados, reproducimos el inventario de dos de los cajones que formaban parte de las remesas:

Cajón No. 2 Contiene 22 aves disecadas. Dos lagartos raros y un murciélago propio de las Américas.

Cajón No. 3 Semillas y frutas de plantas raras. Trece libras de Guapinole, resina que se halla en la raíz de un árbol que es una nueva especie de *Cynometra*, Corteza de un árbol llamado *bálsamo* por sus virtudes medicinales tanto en el licor que destila como en el polvo de la corteza, que hace maravillas echado en las úlceras.

La revolución de 1810 hubiera sido imposible sin la penetración de las ideas de la ilustración que se difundieron en la Nueva España desde mediados del siglo XVIII por todas las vías imaginables: la obra de los filósofos, las ciencias y las mentalidades populares.

La relación no es directa. Los humanistas, científicos y funcionarios ilustrados del período no eran partidarios de la Independencia. Las ideas de reforma, progreso y civilización que profesaban peninsulares como Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, Fray Antonio de San Miguel y Abad y Queipo, Obispos de Michoacán y Manuel Flon, intendente de Puebla, no les impidieron oponerse al movimiento insurgente de Hidalgo. Querían una Colonia moderna y productiva, no un país independiente. Riaño muere en la Alhóndiga sitiada por Hidalgo, Abad y Queipo excomulga a éste, y Flon perece en la batalla de Puente de Calderón.

Entre los criollos ilustrados, la idea de la autonomía estaba más presente, pero no tenía tintes revolucionarios. Humboldt, que estuvo aquí en los albores del siglo XIX,

encontró a la Nueva España en paz. Observador profundo, interlocutor activo de los ilustrados peninsulares y criollos, no pudo descubrir indicio alguno de la inminencia de una revolución de magnitud continental.

Los ilustrados novohispanos no eran revolucionarios, pero sus ideas, sí. Sus denuncias contra la miseria y la ignorancia en que se hallaban sumidos “los nueve décimos de la población”, su oposición a la esclavitud y las corporaciones, su apoyo al desarrollo de las manufacturas y los cultivos prohibidos, así como la libertad de comercio, fueron premisas de un pensamiento que, llevado a sus últimas consecuencias se hizo más tarde conciencia revolucionaria. No existe una relación lineal entre la difusión de las luces y la revolución de Independencia. Pero ésta, sin aquella, hubiera sido sólo una rebelión.

Desconocemos todavía el grado de difusión que había logrado el espíritu ilustrado a postrimerías de la Colonia. Sin embargo, existen indicios de que su influencia se extendía sólo entre las clases dominantes y las medias; entre los peninsulares, como entre los criollos y sólo algunos pocos mestizos. La sociedad Vascongada de Amigos del País (que se destacaba por sus ideas avanzadas) tenía en 1792 unos 1300 miembros, de los cuales 312 radicaban en la Nueva España: Humboldt registra en su Ensayo Político a numerosos mexicanos de la clase alta que cultivaban la ciencia en sus diversas formas y sostenían ideas avanzadas. A partir de 1776, la mayoría de los Virreyes son partidarios de las nuevas ideas y se rodean de pequeñas cortes a las cuales concurrían los científicos y humanistas más destacados del tiempo. Elegidos por los ministros de Carlos III, esos mandatarios reflejaban generalmente el espíritu que reinaba en la Corte española. Algunos contribuyeron activamente, fundando instituciones, promoviendo encuestas y fomentando empresas económicas que contribuyeron a la apertura de las ideas avanzadas del siglo.

Inicialmente, en la Metrópoli el movimiento de renovación concentra sus esfuerzos en el campo de la filosofía. Se ataca la escolástica o filosofía peripatética y se impulsa la así llamada “filosofía experimental”. Pero hacia la séptima década del siglo XVIII, los intereses se vuelcan hacia la ciencia y la industria. En la Nueva España en 1768, se funda el anfiteatro y la cátedra de anatomía, y once años más tarde el seminario de minería. La Escuela de Bellas Artes surge en 1784 y tres años después el Jardín Botánico y la cátedra de botánica. Bartolomé More recibe ayuda por recolectar piezas arqueológicas, y panes para escribir una historia de la Nueva España. Alzate es apoyado en sus estudios en ciencias naturales y médicas. También se beca a los alumnos del Seminario de Minería, para que continúen sus estudios en España. Las autoridades promueven la recopilación de información y la difusión de conocimientos. Una

Real Ordenanza de 1777, enviada a todas las autoridades civiles y eclesiásticas pide información detallada sobre la geografía, arqueología metalurgia y mineralogía de todos los distritos. La solicitud va acompañada de un instructivo y un folleto explicativo sobre esas materias. Algunas relaciones elaboradas por funcionarios locales, constituyen documentos inapreciables para el conocimiento de la Colonia, a fines del siglo XVIII: El conde Revillagigedo manda a levantar el primer gran censo. Para desterrar la superstición y el atraso, las autoridades centrales difunden remedios para combatir dolencias, noticias sobre eclipses y cometas, instructivos para la explotación del gusano de seda y la ejecución de operaciones cesáreas. Además, se legisla para obligar a la minería para hacer uso de los servicios técnicos

para que las minas puedan trabajar con acierto y seguridad y conseguir completamente el logro de sus riquezas —se dice en la Ordenanza de minería— es menester que las operaciones se dirijan por hombres bien instruidos en los principios y reglas que ministran las ciencias naturales y prácticas y artes conducentes...

Prosperan los trabajos de un pequeño grupo de científicos novohispanos: Velázquez de León, Zuñiga y Ontiveroz, Gama y Bartolache y el combativo Alzate. A ellos se suman españoles que llegan con diversas misiones: Fausto Elhuyar que se encarga de la Dirección de Minería, Martín Sesse para dirigir una expedición botánica y encabezar el jardín de plantas y Andrés del Río para ocupar la cátedra de química del Seminario de Minería. En 1780, llegan de Alemania once técnicos, entre los cuales Sonnenschmidt que publica en 1805 su *Tratado de amalgamación de la plata en la Nueva España*.

La ilustración, a finales de la Colonia no llegó a constituir una revolución cultural como lo fue en Francia durante la revolución. Afectó a pequeñas élites, su progreso resultó lento e intermitente, pero influyó decisivamente en algunos dirigentes del movimiento insurgente. El pueblo quedó al margen del proceso. Excluido de sus beneficios por la estructura social, para participar en ella deberá participar en una revolución. En ese escenario, en donde Juan Pueblo conoce de oídas a *Mme. L'Illustration* para iniciar una larga relación tan entrañable y conflictiva como cualquier otra de su género.

Creación del ejército novohispano

Uno de los orígenes de las tensiones sociales que propiciaron el movimiento de Independencia fue la creación de un ejército novohispano.

Después de la conquista, la posibilidad de una invasión por los enemigos de España era remota y las depredaciones de los piratas sólo exigían pequeñas guarniciones ubicadas en los puertos más expuestos. La frontera norte, sujeta a los constantes conflictos con los indios, estaba defendida por los rudos habitantes de los presidios, las misiones y un cuerpo eficiente pero reducido de caballería ligera. Los levantamientos populares en otras regiones eran esporádicos y unas cuantas compañías formadas por voluntarios y mercenarios, con la ayuda de indios amigos, eran suficientes para mantener el orden hasta mediados del siglo XVIII.

Pero hacia 1760, la situación cambió abruptamente. Inglaterra logró el dominio total de los mares, y las costas de hispanoamérica quedaron expuestas a sus ataques. Si la Gran Bretaña lograba apoderarse de una plaza fuerte como La Habana o Veracruz podía, apoyándose en las fuerzas con las que contaba en sus propias colonias, emprender la conquista de alguna de las posesiones españolas. La toma inglesa de La Habana (1762) y Trinidad (1797) así como los ataques a Buenos Aires y Montevideo (1806) parecían justificar todos los temores.

La metrópoli española no podía proporcionar ni los hombres ni el dinero para defender su imperio ultramarino. La única solución posible era enviar un cuerpo de oficiales y pequeñas unidades peninsulares que organizaran a los habitantes de las colonias para su propia defensa. Los miembros del gabinete de Carlos III se dieron perfectamente cuenta del peligro que esta medida entrañaba. Tenían conciencia que las armas entregadas a los súbditos de los dominios podían volverse contra la Madre Patria, pero el peligro externo era más inminente. De esa manera, se aprobó la creación de un ejército compuesto fundamentalmente con pobladores de hispanoamérica. Con el tiempo, la medida se transformó en una de las reformas principales de la política (innovadora de los Borbones.)

Con las iniciativas de los virreyes que se sucedieron, fue conformándose un ejército que en vísperas de la Independencia, contaba con unos 25 mil hombres en unidades regulares y milicias.

Hasta la Independencia, los españoles albergaron una profunda desconfianza hacia los dotes marciales de los mexicanos. Los consideraban perezosos, indolentes, faltos de vigor e inconstantes. La mayoría de ellos, creían que el ejército novohispano sólo sería útil si un tercio de sus efectivos eran europeos y el mando efectivo reposaba en manos de oficiales peninsulares. Sostenían además, que debía impedirse que éstos se americanizaran, transfiriéndolos regularmente para impedir que establecieran intereses y relaciones con la sociedad mexicana. Félix Calleja por

ejemplo, que sería durante la guerra de Independencia el jefe máximo de los ejércitos virreinales, se quejó varias veces de la “mala” población hispanoamericana y la escasez de candidatos adecuados, ya que los mexicanos parecían totalmente ocupados en actividades económicas y mostraban poco interés por la carrera de las armas.

En el ejército regular, el dominio español era total, ya que todos los puestos decisivos estaban en manos de los peninsulares. Pero también en las milicias provinciales en las cuales los coroneles, tenientes coroneles y capitanes eran criollos, el poder se concentraba en las manos de sargentos mayores (con grado de mayor) españoles que vigilaban de cerca todos los asuntos prácticos. Sólo hacia finales del período, cuando las guerras españolas en Europa hicieron prácticamente imposible sustituir a los peninsulares que morían o regresaban, algunos criollos lograron ascender a puestos de mando importantes.

Los criollos resentían los múltiples obstáculos que los postergaban y la actitud racista de algunos oficiales españoles. Varios de los campamentos de este nuevo ejército se transformaron en centros de simpatía por la Independencia y muchos oficiales criollos renegaban contra la situación existente y sentían odio por los peninsulares. Su entusiasmo inicial por el brillo de los uniformes y las ventajas de los fueros militares fue decreciendo y a medida que se acercaba el estallido, muchos de ellos buscaron excusas para ausentarse del servicio y regresar a sus actividades civiles. Uno de ellos fue el joven Agustín de Iturbide quien adujo una enfermedad para pedir una licencia ilimitada.

Hacia los soldados rasos, la desconfianza de los españoles era mayor aún. Crespo, uno de los organizadores del ejército novohispano, consideraba que los mestizos eran incapaces de aceptar las costumbres honorables de los españoles y el trabajo duro y humilde de los indios. Los comparaba a los gitanos del viejo mundo que

no tienen un hogar permanente, viven sin pudor ni orgullo; al gitano no le importa si está vestido o desnudo. Su ciencia consiste en engañar y mentir, siente inclinación por el robo.

Me parece —escribía— que éste es el retrato más exacto del coyote, del salta-atrás, del lente en el aire, y de la mayoría de los que bajo diferentes nombres componen el número infinito de las Castas infectadas.

Por su parte, la población trabajadora recurría a todas las mañas posibles para evitar ser reclutada. Al principio, los españoles esperaban que ésta se ofreciera voluntariamente para el servicio. Pero al fracasar en este propósito, recurrieron cada vez más a la leva y diferentes formas de coacción.

Cuando llegaban a los pueblos las así llamadas *banderas de reclutas*, la gente reaccionaba como si hubiera caído una plaga. Muchos jóvenes huían, hombres casados abandonaban a sus familias y artesanos dejaban sus talleres. Los españoles se quejaban de que los mejores hombres lograban siempre escabullirse. Los afectados por la leva apelaban —a veces con éxito— aduciendo ser casados o tener a su cargo parientes ancianos. Además, las deserciones abundaban. Hacia 1790, un joven sombrerero de Querétaro desertó tres veces, logrando en todas las ocasiones regresar a su casa. Otro, logró escabullirse desde La Habana a donde había sido llevado. Lo que más se temía, eran los acantonamientos de Veracruz que por su insalubridad causaban verdaderos estragos entre las tropas.

Uniendo a los hombres de las más diversas provincias bajo una disciplina única, el ejército se convirtió en un integrador de la nacionalidad. Pero al mismo tiempo fue una fuente más de descontento con el régimen imperante, miles de soldados insurgentes y sus jefes adquirieron sus primeros conocimientos militares y sus armas en sus filas.

Sin embargo, el ejército regular novohispano sobrevivió a la revolución de 1810-17. Al pasarse la mayoría de los criollos al bando realista, impidieron su disgregación. Su oficialidad se hizo cada vez más criolla, su tropa más sujeta al reclutamiento forzoso. Así era el ejército que triunfó sobre el movimiento dirigido por Hidalgo y Morelos. A partir de 1817, su poder, forjado en el campo de batalla, fue creciendo. Se convirtió en el árbitro de la guerra civil. La Independencia sólo fue posible cuando la aristocracia criolla que lo dominaba ya plenamente, cambió de bando, uniéndose a los restos sobrevivientes del movimiento revolucionario.

Humboldt: La visión ilustrada de la Nueva España

Alejandro de Humboldt fue uno de los representantes más brillantes de la Ilustración y el movimiento científico europeo de fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Nacido en Berlín en 1769, vivió casi 90 años y tuvo una larga vida productiva. Con su vasta obra y su labor infatigable como corresponsal de científicos y pensadores en todo el mundo; como viajero y explorador incansable y como influyente hombre de mundo, contribuyó en forma decisiva en el pensamiento de su tiempo.

Durante varios años su trabajo estuvo ligado a la Nueva España y su breve presencia en nuestro país, dejó una marca indeleble en el pensamiento mexicano de la primera mitad del siglo XIX. Humboldt llegó a México hace unos doscientos años, entrando por el puerto de Acapulco, el 22 de marzo de 1803, y permaneció hasta el 7 de marzo

del siguiente año, día en que se embarcó en el puerto de Veracruz con destino a Cuba y posteriormente a Filadelfia.

Durante ese año, el científico alemán visitó extensamente nuestro país, haciendo estudios sobre la naturaleza y la sociedad mexicana en ese principio de siglo. El fruto de su estancia fue un clásico, cuya actualidad para el estudio del México decimonónico no se ha perdido, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, trabajo que reúne datos y observaciones de orden geográfico, botánico, antropológico, económico e histórico unidas por la lógica de lo que Adam Smith y Ricardo llamaban Economía Política. Además es probablemente el primer libro con ese enfoque, escrito sobre un país. La obra comenzó a publicarse en fascículos en París, en 1808 y terminó de editarse en el año de 1811, al mismo tiempo que en la Nueva España, se iniciaba la revolución de Independencia. De esa manera, el libro sólo llegó a ser plenamente conocido en Europa y en México, cuando nuestro país había emprendido firmemente el camino de la Independencia. En las tres décadas que siguieron, fue la principal carta de presentación de México en Europa y en el resto del mundo. Pese a su carácter científico, fue leído profusamente por inversionistas potenciales que buscaban oportunidades en el nuevo continente recién independizado del colonialismo proteccionista español, exploradores, aventureros y partidarios de la Ilustración, alcanzando rápidamente varias ediciones.

Durante su estancia en México, Humboldt trabó relaciones con representantes de la Ilustración novohispana, tanto criollos como españoles. Invitado por Fausto de Elhuyar, impartió clases en el Real Seminario de Minería en donde trazó un mapa minero del país. Participó activamente en la vida social de la intelectualidad de aquel tiempo, y llegó a conocer personalmente a Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato; a Manuel de Flon, intendente de Puebla; a Fray Antonio de San Miguel, obispo de Michoacán, y también a Manuel Abad y Queipo. Para todos ellos tiene expresiones elogiosas y cita extensamente partes del famoso escrito redactado por este último, en 1799.

Los Ilustrados de la Nueva España pusieron a disposición del explorador alemán, que había recibido la autorización del Virrey para visitar los archivos existentes, una gran cantidad de memorias, manuscritas y obras impresas. Coincidiendo en muchos aspectos con su visión del mundo, se vieron reflejados en él y buscaron, fascinados, la oportunidad de establecer una relación directa con la Ilustración europea. Por eso, no es extraño que la obra de Humboldt refleje el optimismo de los criollos sobre el futuro de su país, las críticas al régimen colonial y la denuncia de los privilegios y las grandes injusticias que caracterizaban a la sociedad de aquel tiempo.

Si bien es verdad que la obra de Humboldt debe mucho a sus informantes activos y pasivos, también es cierto que trasciende lo que ellos hubieran podido escribir. Humboldt era un científico de talla universal, armado de una metodología que, según Jaime Labastida,

está entre el materialismo orgánico de Diderot y las ideas evolutivas de Lamarck y Darwin.

Además sólo él reunía los conocimientos suficientes para abarcar al mismo tiempo, geografía, minerología y astronomía y ligarlos con la demografía y la economía, salpicadas incluso, de agudas observaciones sobre las milicias. Obra original de un espíritu superior, el escrito sirvió de inspiración a los planes independentistas en la década posterior a su aparición y más tarde, de libro de cabecera para liberales y conservadores. Ignacio Ramírez, el Nigromante, hablaba de “Humboldtizar a México” recogiendo la idea de la renovación del país por la vía liberal, científica, ideológica y económica a la vez. Por su parte, los conservadores rechazaban esa interpretación política, pero exaltaban su labor organizadora y sinóptica del conocimiento de la Nueva España.

Humboldt fue el primer indigenista moderno y su visión fue muy diferente al mito del buen salvaje que dominó a Europa en los siglos XVI–XVIII. Estudió al indio real de su tiempo y denunció su explotación como individuo y como comunidad, pidiendo su emancipación. También fustigó sin piedad, los extremos de pobreza y riqueza que caracterizaban a la sociedad novohispana. Sostenía que probablemente en ningún otro lugar existía una desigualdad tan extrema

en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población.

Hablando de las riquezas que había visto en Cuba, Venezuela o Perú, observaba que no podían compararse ni de lejos con las enormes fortunas que existían en México y que tampoco podía verse en ellos la cantidad de miserables y harapientos que uno encontraba en nuestro país.

La fascinación de los mexicanos por Humboldt se ha mantenido a lo largo de dos siglos. Benito Juárez le concedió el título de Benemérito de la Patria y ordenó que se levantara una estatua en su memoria; en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, se produjo un intenso debate sobre la relación de su obra con la Ilustración en la Nueva España y el pensamiento del movimiento de Independencia. Hace unos años, se pudo admirar la espléndida exposición *Los viajes de Humboldt, una nueva visión del mundo* en el museo de San Idelfonso.

La Revolución

Los revolucionarios

No había, antes de fines de 1810, revolucionarios en la Nueva España. Existieron partidarios de la Independencia, hombres de ideas avanzadas que querían el cambio, la reforma; indios y negros que se rebelaban constantemente contra el poder colonial o la Iglesia, incluso admiradores de la Revolución Francesa. Pero ninguno de ellos tenía un plan para la transformación radical de la sociedad colonial, ni se propuso llevarlo a cabo por medio de una insurrección popular.

Como movimiento de Independencia, el de 1810 tuvo su antecedente en el intento de los círculos criollos de la ciudad de México de lograr en 1808 la autonomía, sin convocar al pueblo. Como rebelión popular, encontró precursores en la rebelión de los mayas dirigida por Canek en 1761, los movimientos de protesta por la expulsión de los jesuitas en 1766, la huelga y rebelión de Real del Monte en 1767 y el levantamiento de los indios de Nayarit en 1801, pero con la excepción de la muy fugaz “Conspiración de los machetes” de 1799, nadie imaginó conjugar a ambas fuerzas. Los revolucionarios se hicieron en la revolución.

Si bien el soñador utópico y el rebelde popular han existido desde los tiempos más remotos, la figura del revolucionario sólo aparece a finales del siglo XVIII. El hombre que en tiempos de paz social prepara con el pensamiento y la acción una revolución, aparece después de las revoluciones de Estados Unidos y Francia. La idea de repetir la gran experiencia renovadora con un contenido más profundo sólo se da cuando ésta ha revelado sus inmensas posibilidades transformadoras y sus límites. En el momento en que la revolución estadounidense comenzó a institucionalizarse quedándose a medio camino, Thomas Paine la abandonó para continuar su obra en la Francia revolucionaria. Apenas terminada la Revolución Francesa, Babeuf comienza a preparar “una nueva revolución” capaz de asegurar “la regeneración definitiva del hombre”.

Desde entonces, el revolucionario sin revolución ha sido uno de los personajes más constantes del mundo contemporáneo. La revolución mexicana de Independencia fue un fenómeno espontáneo. Nadie la preparó conscientemente y ninguno de sus jefes tuvo experiencias revolucionarias anteriores. Sólo Francisco Javier Mina vino a México a continuar una lucha que había iniciado en España. El primer atisbo de revolucionarios que preparan una revolución, fue la segunda generación de liberales, los puros: Juárez, Ocampo y sus compañeros que persistieron en su empeño durante décadas. Sin embargo, siempre vieron con recelo la libre participación popular. La figura clásica del

revolucionario, sólo aparece a finales del porfiriato, con el surgimiento del Partido Liberal y los anarquistas.

Si la revolución de Independencia no encontró a sus dirigentes ya hechos, tampoco los escogió al azar. El grupo es bastante homogéneo: hombres que por su origen social, sus ideas y su profesión, están destinados a chocar con el régimen colonial. El resto depende del temperamento personal y la casualidad.

Hidalgo es en ese sentido una síntesis del grupo que dirigió la revolución de 1810-15. Como muchos de sus compañeros, Miguel, junto con sus hermanos, Gregorio, Antonio e Ignacio, perteneció a la clase media rural. Su padre, Cristóbal, fue administrador de la hacienda de San Diego de Corralejo, ubicada cerca de la ciudad de Pénjamo y tuvo otros negocios ligados con la agricultura y el comercio. En ella transcurrió la infancia del iniciador de la Independencia. Dos de sus hermanos se dedicaron a la agricultura, otro al comercio, uno fue abogado y el último, cura como él. Cuando cumplía cuarenta años, adquirió los ranchos de Jaripeo, Santa Rosa y San Nicolás y en sus curatos promovió empresas agrícolas de todo tipo.

Los rancheros irrumpieron en la vida política de México con la revolución de Independencia y habían de jugar un papel decisivo en ella hasta la segunda década del siglo XX. Poco estudiados hasta ahora, su papel como el sector más dinámico de la naciente clase media, no escapó a la atención de los viajeros extranjeros del siglo XIX que veían en ellos el nervio vital de la nueva nación. Ubicados entre el mundo rural y el urbano, semillero de profesionistas e intelectuales, estaban ahogados por las restricciones económicas del régimen colonial y sufrían los efectos de la discriminación étnica. Su contacto con los campesinos era estrecho. Hidalgo logró su título de lengua con un examen sobre otomí, idioma nativo de su región y su casa siempre estuvo abierta a los campesinos de los alrededores. Hidalgo fue, toda su vida, miembro del bajo clero, del cual salieron también Morelos, Matamoros, Fr. Servando Teresa de Mier, Fr. Melchor de Talamantes y centenares de ideólogos y jefes guerrilleros insurgentes. Según los números de Nancy Farris, unos cuatrocientos clérigos participaron activamente en el bando insurgente y muchos más simpatizaron ocultamente con el movimiento. El bajo clero estaba profundamente insatisfecho con las diferencias cada vez más marcadas que lo separaban de la alta jerarquía y las prácticas discriminatorias que relegaban a criollos y mestizos. Por eso de él salieron muchos de los hombres y las ideas de la revolución. La vida del revolucionario de Pénjamo, estuvo toda ella ligada a la Iglesia. Sus primeros maestros fueron los jesuitas, su título le fue otorgado por la Real y Pontificia Universidad de México y durante veinticuatro años siguió una carrera académica en el Colegio de San Nicolás de Valladolid. El resto de su vida, fue cura de pueblo. Su autoridad

revolucionaria inicial es un ejemplo de la influencia de que gozaban los párrocos de pueblo, cuya inclinación decidía frecuentemente la posición de todo el vecindario. Sólo un prestigiado eclesiástico de la época, podía levantar al mismo tiempo las banderas de la ilustración y la virgen de Guadalupe, sin entrar en flagrante contradicción.

El cura de Dolores era un hombre de la Ilustración hispanoamericana. Aun cuando no dejó escritos es —por múltiples testimonios— uno de sus más lúcidos representantes. Fiel católico, sus actos y palabras respiraban oposición al dogmatismo eclesiástico, afán de renovación filosófica y científica, humanismo ilustrado.

Conocía el pensamiento renovador de tonos nacionalistas de los jesuitas mexicanos de antes y después de la expulsión. Fue lector asiduo de los clásicos franceses del siglo XVIII y conocedor de las obras de Alzate y Bartocache.

El 16 de julio de 1800, la inquisición le abrió proceso por herejías y apostasía y aun cuando la causa fue suspendida “por falta de unanimidad de sus acusadores”, la vigilancia se mantuvo hasta 1807, cuando se presentó una nueva acusación ante el tribunal de la inquisición. Dos años más tarde, sus enemigos reincidían.

Su historia personal lo enfrenta al régimen establecido. Pero ni su origen de clase ni su profesión, ni sus ideas, hacen de él un revolucionario. Cuando a principios de 1810 comenzó a conspirar contra el poder colonial, pensaba en la Independencia, no en una revolución. Se hizo revolucionario, al calor de la rebelión popular arrastrado por una fuerza irresistible que nunca logró comprender plenamente pero a cuya causa fue fiel hasta su último momento. El pueblo, o una parte de él, había iniciado una gran rebelión que en cierto sentido era una continuación de los cientos de pequeñas rebeliones de los siglos pasados y encontró en los dirigentes de clase media gente que supo convertirla en una revolución.

Hidalgo tenía 27 años cuando, hacia 1780, inició en Inglaterra esa ruptura en la historia de la humanidad que conocemos con el nombre de revolución industrial. Si bien la casualidad histórica escogió las islas británicas para hacer confluir todas las condiciones que hicieron posible el inicio de una era de perpetuo y vertiginoso cambio en el trabajo y el pensamiento, éstas germinaban aisladas y embrionarias en muchas partes del mundo.

La difusión del conocimiento general y el gusto por la ciencia —escribía el químico industrial inglés James Keir, en 1789— en todas las clases de hombres en cada nación europea o de origen europeo, parece ser la característica de la era presente.

El hombre que inició el movimiento de Independencia era un verdadero filósofo en el sentido de que los franceses daban al concepto en el siglo XVIII. Y esto significaba no sólo el despertar del espíritu crítico, de las ideas humanistas opuestas a las ideas autoritarias y ascéticas de la Iglesia y el absolutismo, sino también el incontenible impulso de aplicar a la práctica los descubrimientos de la “filosofía”, de cambiar la vida de los hombres renovando su actividad productiva.

El verdadero filósofo —decía Voltaire en 1765— desbroza los campos incultos, aumenta el número de los arados y por consecuencia de los habitantes, ocupa al pobre y por consecuencia, lo enriquece, promueve los matrimonios, establece al huérfano, no murmura contra los impuestos necesarios y pone al cultivador en estado de pagarlos con alegría. No espera nada de los hombres y les hace todo el bien del cual es capaz.

El cura de Dolores era exponente de ese nuevo tipo de hombres que no escaseaban en la Nueva España al fin del régimen Colonial y entre los cuales destacaban figuras como las del Abad y Queipo, y Riaño, con quienes mantenía relaciones estrechas de amistad.

La llegada de Hidalgo a Dolores, en 1803, marca un cambio en sus intereses. En las frecuentes tertulias de su casa, se seguía hablando de filosofía y política, pero la ciencia y la economía, se imponían cada vez más. Las reuniones, en las cuales indios y mestizos alternaban con criollos y españoles, acabaron por transformarse en una especie de escuela nocturna, íntimamente ligada a los experimentos industriales que ocupan a Hidalgo en su nueva parroquia.

Comenzó por donar la casa que le había dejado su hermano al ayuntamiento de Dolores, que no contaba con una sede permanente y conseguir un alojamiento más acorde a sus nuevas actividades. Luego, solicitó y obtuvo permiso del obispo de Michoacán para delegar sus responsabilidades religiosas a cambio de la mitad de sus ingresos, a Francisco Iglesias, uno de sus vicarios. Hecho eso, dedicó la mayor parte de los siete años que permaneció en Dolores a un intenso programa de industrialización. No abandonó sus actividades productivas, incluso cuando ya estaba envuelto en la conspiración de Querétaro y después del 16 de septiembre de 1810, al salir de Dolores para iniciar su gran marcha libertaria, daba instrucciones a los trabajadores que se quedaron en los talleres de que continuaran sus labores, hasta su regreso.

Por medio del estudio y la experimentación, Hidalgo adquirió los conocimientos necesarios para fundar y dirigir una gran variedad de empresas. Estableció una alfarería

muy bien equipada, que transformaba el barro en exquisitos servicios de mesa, cuyo decorado llegó a competir con los de Talavera. José Sotelo, uno de sus alfareros, dejó constancia de sus incesantes experimentos con vidrio y metales para producir nuevos colores y acabados y de sus éxitos con la rueda y los moldes en la creación de nuevos diseños.

Compró abejas en La Habana y creó un floreciente apiario que producía importantes excedentes de miel y cera. Fundó, además, talleres de carpintería, talabartería, herrería y tejidos de lana e instaló algunos de ellos en la misma construcción que la alfarería.

Hidalgo promovió dos cultivos prohibidos por la Corona Española: los viñedos y los olivos. En 1802, después de una serie de concesiones, se expidió un decreto que prohibía el cultivo de la vid en la Nueva España sin permiso especial de la Corona. El cura de Dolores hizo un viaje a la capital para obtenerlo, pero no tuvo éxito. Pese a ello, Hidalgo siguió produciendo vino. En su libro, Humboldt se refiere a los viñedos existentes “cerca de Dolores” y según Hamill (*The Hidalgo Revolt, 1966*) en enero de 1810, cuando comió con Riaño y Abad y Queipo, el cura invitó a sus amigos a venir en septiembre, después de la cosecha, a presenciar el procesamiento de la uva. Para entonces, la historia les había arrojado en campos opuestos; el primero se encontraba sitiado por las fuerzas revolucionarias y el segundo lanzaba la excomunión contra su antiguo amigo.

Hidalgo leyó el manual de silvicultura publicado por el virrey Revillagigedo y plantó moreras, algunas de las cuales seguían en pie a mediados del siglo XIX. Cultivó el gusano de seda con éxito y aparentemente se proponía producir seda cruda y tejidos de ese material. Aun cuando no hay indicios de que éstas jugaron un papel importante en el comercio de Dolores, se sabe que obtuvo unas pocas piezas.

Hidalgo no fue sólo portador del humanismo de la ilustración que preparó la Revolución Francesa, sino también de la inventiva y el espíritu industrial que hizo posible la revolución industrial en Inglaterra. Sin ser protestante, tenía mucho de común con los “disidentes” ingleses, de cuyas filas salieron los inventores y los empresarios que al otro lado del océano eran protagonistas del advenimiento de la era industrial. El también era un “disidente” a quien, por origen y por clase, el orden establecido sólo abría paso si renunciaba a su nacimiento y sus convicciones.

Hijo de un administrador de Hacienda, creció en una familia ocupada en las actividades agrícolas en la región más avanzada de la Nueva España, el Bajío. Sus tres hermanos hicieron estudios superiores y se dedicaron a profesiones comunes a la clase media de la época. Uno de ellos fue “licenciado”, el otro hizo estudios de medicina y acabó ayudando al padre en sus actividades agrícolas, mientras que el último abrazaba, con Miguel, la carrera eclesiástica. Todo

su ambiente pertenecía al de la nueva clase que, incrustada en los intersticios del viejo régimen, aspiraba no sólo a cambios políticos, sino también a las transformaciones económicas que estaban revolucionando a Europa.

Sin embargo, sus iniciativas industriales no obedecían a finalidades de lucro. Son muchos los testimonios acerca del desinterés e inclusive descuido con que manejaba su dinero. Hidalgo era poseedor de una mente inquisitiva y original, que abordó todos los problemas de su tiempo y el entusiasmo que había mostrado por la filosofía pasó rápidamente al de las actividades productivas. Su vida refleja la influencia de las dos grandes ideas de su siglo; la libertad y la industria, ambas convergieron en su profunda preocupación por la suerte de los indios y los mestizos con quien había convivido desde su infancia en la hacienda de Corralejo.

Si su casa de San Felipe había merecido el nombre de “Francia Chiquita” por el espíritu de libertad e igualdad que en ella reinaba, la de Dolores debió llamarse “La Pequeña Inglaterra” por las inquietudes científicas y el espíritu industrial que ahí transmitió a los parroquianos de ese próspero rincón del Bajío.

Crisis en las alturas

Tanto la Revolución Francesa como la mexicana de Independencia, se iniciaron con una profunda crisis de sus respectivas monarquías. Regímenes que habían resistido todos los embates durante el siglo, se derrumbaron sacudidos por sus contradicciones internas.

En Francia, la crisis política se inició con la bancarrota financiera de la Corona. Un déficit alimentado por las guerras y los derroches de la Corte, ahogaba el reinado de Luis XVI. Para cubrirlo, el monarca recurría a los empréstitos. En los quince años que duró en el trono, logró duplicar la deuda pública. Sólo la participación de Francia en la Revolución de los Estados Unidos produjo una deuda de dos mil millones de libras, de una deuda total de cinco mil millones.

Los impuestos que aplastaban a las masas populares no podían ya ser aumentados. En diez años, habían crecido 25 por ciento y esta carga venía a sumarse a la depresión de los niveles de vida causada por la elevación de los precios en los últimos años del viejo régimen. Para incrementar sus ingresos, el rey debía inexorablemente reformar el sistema fiscal y esto significaba, ante todo, abolir las exenciones que privilegiaban a la nobleza y el alto clero, cuyos ingresos se encontraban en pleno apogeo.

En 1787, los ministros de finanzas de Luis XVI intentaron implementar varias medidas en ese sentido. La respuesta de la nobleza fue fulminante. Arrastrando a la alta burguesía, inició una gran campaña de agitación,

exigiendo la convocación de Estados Generales que debían pedir cuentas y limitar el poder del rey. En junio de 1788, la agitación se tornó en insurrección: en varias ciudades, estallaron motines instigados por la aristocracia.

El poder comenzó a escaparse rápidamente de las manos del rey. Los gobiernos locales, dominados por la aristocracia, le eran hostiles. El ejército estaba dirigido por oficiales que no le eran adictos. El Tesoro estaba vacío y en las circunstancias existentes no podía recurrirse a un nuevo préstamo. El ministro de Finanzas, Brienne, capituló y el 5 de julio del mismo año, prometió convocar los Estados Generales que no habían sido reunidos desde 1614.

La aristocracia logró que la composición de este órgano asegurara su supremacía; estaría dividido en tres órdenes: nobleza, clero y Tercer Estado y cada uno contaría con un voto. Así, las órdenes privilegiadas se aseguraban la mayoría. Pero al debilitar a la monarquía, la nobleza abrió el camino al Tercer Estado, representante de la burguesía y el resto del pueblo francés. Cuando esta fuerza presentó sus propias demandas, se inició la revolución social.

La Revolución Francesa comenzó por un ataque al absolutismo proveniente de la aristocracia que buscaba el regreso a estructuras políticas ya desaparecidas, en las cuales ella participaba directamente en el poder. Frente a ella, se definió rápidamente una fuerza partidaria de las nuevas ideas, decidida a promover la intervención de la mayoría de la nación en los asuntos del Estado. La monarquía, en cambio, no poseía ningún programa preciso de acción. Arrastrado por los sucesos que habían de sucederse rápidamente, Luis XVI se deslizó de concesión en concesión hacia erupción de la revolución y su muerte.

Los sucesos que produjeron la caída de la Corona española diecinueve años más tarde, fueron de una índole muy diferente, pero su sentido fue el mismo: una profunda crisis de la clase dominante y sus instituciones.

En marzo de 1808, con el pretexto de auxiliar al ejército francés que se hallaba en Portugal, los ejércitos de Napoleón invadieron España y comenzaron a ocupar sus ciudades más importantes.

La Corte española entró en un verdadero pánico. Nadie sabía qué hacer. Godoy, “Príncipe de la Paz”, propuso una huida hacia América. Carlos IV y Fernando VII, su hijo, intentaron aprovechar los sucesos para zanjar la riña por el poder que los enfrentaba en su beneficio personal.

Napoleón se erigió en árbitro entre los dos pretendientes y acabó obligando a ambos a renunciar en favor de su hermano, José Bonaparte, ex rey de Nápoles. La aristocracia española y gran parte de la oficialidad del ejército regular, abandonaron a su rey y traicionaron a su pueblo, aceptando lo que parecía inevitable: el triunfo del gran Corso.

De la noche a la mañana, la nación española y su imperio se quedaron sin gobierno legítimo. Ante la agresión externa, la Corte y la mayor parte de la aristocracia habían claudicado sin presentar batalla. Se creaba un inmenso vacío de poder que Napoleón intentó llenar con su acostumbrada audacia. Y lo hubiera logrado, de no haber entrado en escena un protagonista inesperado: el pueblo español y después, los pueblos de las Colonias de ultramar.

En la Nueva España, el virrey Iturrigaray, que era hechura de Godoy, sólo pensó en sí mismo. Para prevenirse contra una victoria de los franceses de Fernando VII que representaban su segura remoción, se volvió hacia la aristocracia criolla, apoyando su iniciativa de crear, en ausencia del rey, una Junta o Congreso, como primer gobierno representativo de la Colonia.

Aun cuando el intento fue frustrado por un grupo de peninsulares que instrumentaron el 15 de septiembre de 1808 un golpe de Estado contra el virrey y el Ayuntamiento de la ciudad de México, la autoridad del gobierno español quedó seriamente dañada. Fracasado el plan de la burguesía ennoblecida criolla de una revolución desde arriba, sin intervención popular, se impuso dos años más tarde la vía revolucionaria.

En España, el pueblo aprovechó el resquicio abierto por la bancarrota de la clase dominante, no sólo para transformarse en el sujeto de la resistencia nacional contra el invasor, sino también para iniciar una revolución liberal. En la Nueva España, las disensiones en los círculos gobernantes incapaces de enfrentar la crisis sentaron las condiciones para la irrupción en la escena histórica del pueblo en su diversidad étnica, con sus propias demandas sociales

La conexión francesa

La Revolución Francesa y la revolución mexicana de Independencia fueron fenómenos contemporáneos. Cuando el cura Hidalgo inició su rebelión, sólo habían transcurrido once años desde la terminación de la Revolución Francesa. Todavía está vivo el recuerdo del golpe de Estado que puso fin a la República gala e instaló a Napoleón Bonaparte en el poder, el 18 Brumario (9 de noviembre) de 1799.

La Revolución Francesa terminó como había empezado: por una afirmación de la voluntad de poder de la burguesía. Pero si en 1789 ésta apeló al pueblo para derrocar a la monarquía absoluta, en 1799 recurría al ejército para obligar al pueblo a aceptar su dominio. La misma clase que había inscrito en sus banderas la idea de la soberanía popular y gobierno representativo, daba su visto bueno a una dictadura y luego a un imperio.

La transformación realizada durante esa década fue inmensa. Su influencia en el destino de Francia y el mundo entero, incalculable. La francesa no fue la primera revolución burguesa triunfante. La inglesa y la estadounidense prepararon su obra. Pero la influencia que la gesta de los franceses tuvo en la victoria del capitalismo en Europa y la transformación de la conciencia de los hombres de su tiempo, fue infinitamente mayor.

La Revolución Francesa no se redujo a una modernización de la sociedad. La resistencia aristocrática dentro del país, la guerra civil y la intervención colgada de todas las fuerzas del viejo régimen en Europa obligaron a los revolucionarios franceses a impulsar su obra hasta sus últimas consecuencias. En el año II (1793) se esbozaron los principios de un poder democrático y una sociedad igualitaria, que iban mucho más allá de los intereses de la burguesía. La igualdad formal fue superada y la integración de las masas trabajadoras de la nación adquirió un carácter activo sin precedentes. El intento fracasó, pero su mensaje sigue conmoviendo a la humanidad hasta nuestros días.

Como una piedra arrojada en el centro de un apacible lago, la Revolución Francesa produjo una reacción en cadena que marcó a todos los países que se encontraban en la órbita del desarrollo capitalista.

El movimiento de independencia mexicano se inscribe en ese proceso. Ninguna explicación de su dinámica puede considerarse completa, si no consideran los múltiples lazos económicos, políticos y culturales, directos e indirectos, visibles e invisibles que se establecieron entre las dos revoluciones.

Las ideas que presidieron ambos movimientos tuvieron el mismo origen. Éste es el caso con los pensamientos de Rousseau sobre la soberanía popular, única e inajenable y la igualdad social. Adolfo Sánchez Vázquez (Rousseau en México) sostiene que este era uno de los filósofos franceses más leídos en la Nueva España. Pero es en el período de guerra de Independencia cuando sus ideas adquieren mayor influencia.

En 1764, la inquisición prohibió todas sus obras así en la metrópoli como en las colonias, pero eso no impidió su difusión. *El discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, *el Contrato social* y *Cartas de dos amantes*, circulan en la Nueva España. A medida que la Revolución Francesa se radicaliza van quedando rezagadas

las ideas de Montesquieu y Voltaire y pasan a primer plano las del ginebrino.

El 1° de diciembre de 1791, Fray Servando Teresa de Mier pronuncia un sermón dedicado a combatir las ideas de Rousseau, porque son la inspiración de la Declaración de los derechos del los hombres, uno de los documentos más importantes de la Revolución Francesa.

El 16 de diciembre de 1803 aparece, en *la Gaceta de México*, un edicto en el cual se dice: “renovamos la prohibición, aun para libros prohibidos, de otro titulado *el Contrato Social* o principios del *Derecho político*, traducido al castellano e impreso en Londres en 1799. Esta obra de Juan Jacobo Rousseau, prohibida en Roma por decreto de 16 de junio de 1766 y comprendida en la prohibición general que la inquisición publicó el año 1764 de todas las obras de este filósofo, deista y revolucionario... Merece especial anatema, porque no sólo renueva el sistema pernicioso antisocial e irreligioso de Rousseau, sino porque este traductor anima a los fieles vasallos de S.M. a sublevarse y sacudir la suave dominación de nuestros reyes, imputándole el odioso nombre de despotismo y excitándoles a romper, como él dice, las trabas y los grillos del Sacerdocio y de la Inquisición...”

En 1808, las tesis del ginebrino inspiraron las proposiciones del Ayuntamiento de la Ciudad de México que sostiene que, desaparecido el monarca, la soberanía recae en el pueblo. Su influencia es tal que no falta quien intente demostrar que la idea del pacto social se deriva del pensamiento católico tradicional o el Derecho Español.

Pero es en la obra de Morelos y en la constitución de Apatzingán (1814), en donde las resonancias rousseauianas son más nítidas. En ellas, la soberanía aparece como “imperceptible, inajenable e indivisible” y la igualdad está fundada en que “La ley debe ser igual para todos”.

Revolucionarios franceses y mexicanos tenían ideales similares aun cuando sus fuentes son definitivamente distintas. En ambos casos, los resultados obtenidos no fueron los deseados. Tanto en Francia como en México, la revolución terminó en una contrarrevolución que, sin embargo, no logró borrar todos sus efectos. Además, revolucionarios de una y otra latitud trabajaron para movimientos muy distintos. Quizá el destino de los revolucionarios de todas las épocas sea el mismo: un ideal, muchas revoluciones, pero también muchos ideales que se funden en una revolución.